Conferencia

sociológica anarquista

Con motivo de haber llegado a ésta el grupo ambulante "Los Incansables", organizó la S. O. V. de esta población un mitin sociológico el día 9 del corriente por la tarde, y por la noche, una velada ácrata, que se celebraron en el local de la Sociedad.

Por la tarde hicieron uso de la palabra varios compañeros de la localidad, los cuales pusieron bien de manifiesto su espíritu rebelde y sus conocimientos de la idea anarquista.

Angel García, del grupo, explicó la falsedad y los convencionalismos políticos, explanando su iniciativa sobre la unión sindical, la cual debe estar libre de mixtificaciones y proporcionarse una educación puramente racional para, de esta manera, poder entrar purificado en el bello jardín de la anarquía.

Diego Alonso, también del grupo, empieza por censurar a las autoridades por coartar la libertad del pensamiento y llaman al orden a los oradores que traspasan los límites de lo que ellas suponen legal, diciendo que él no se callará, pues conoce las leyes, a pesar de que no las acata.

Después ataca a la religión y pone al descubierto sus falsedades y los crímenes que se han cometido en nombre de sus falsos dioses. Lo mismo hace con el Estado, demostrando lo fácil que es nuestro desenvolvimiento sin tal artefacto, incapaz de mantener su equilibrio. Arremete contra el capital, describe la sociedad del porvenir y dice: esta es la anarquía, que tanto odian los tiranos del universo y que a pesar de todo ha de imperar sobre las falsedades de la religión y sus rutinarios convencionalismos.

Por la noche, en la conferencia, Angel García disertó sobre los tiempos de la prehistoria, historia y contemporáneos, afirmando que a través de todas las edades se explotó al pueblo en nombre de falsas divinidades, por lo cual hemos de apartarnos de todos los prejuicios tradicionales.

Diego Alonso disertó sobre pedagogía, y en un brillante discurso enalteció la educación racional, haciendo historia de la gran obra de Ferrer, que supo poner coto a la enseñanza religiosa, por lo que puso gran empeño la reacción en privarle de la vida.

Explica los métodos de enseñanza porque se rigen dichas escuelas, de las cuales han de salir hombres conscientes y no manadas de borregos.

Necesitaríamos del periódico entero para decir lo mucho y bueno que este compañero habló sobre este asunto.

El pueblo en mesa, que acudió al acto, salió satisfechísimo de lo allí expuesto por los dichos compañeros los cuales eludieron los constantes aplausos con que la concurrencia premiaba su oración, diciendo: No queremos aplausos, solamente pretendemos que medités; buscamos conciencia; los aplausos guardarlos para los estúpidos farsantes.

Salud y anarquía.—*Sociedad de Oficios Varios de Osuna.*

SALPICADURAS

El tifus en Barcelona, la protesta de la Unión Gremial y el desorden del orden.

Tal es el título del sainete tragicómico representado en Barcelona, por la cuadrilla de concejales, médicos, propietarios, periodistas y policías, con disgusto del público que paga y calla, y a quien no hay quien le devuelva el dinero por más que la función no sea de su gusto.

Como quienes que se habían proclamado la unión de todos para combatirla, ha tenido la maldita gracia de remover el cieno de la cloaca política y de poner al descubierto una vez más, los chanchullos municipales; y como apoteosis del ridículo sainete, la policía, en competencia con el tifus, se ha dedicado a *atacar* con el sable y con el palo a los ciudadanos que no habían sido aun *atacados* por la epidemia; y cuentan los que presenciaron el ataque policíaco, que si los reunidos en la Plaza de Cataluña no tuman la medida higiénica de correr, estas horas serían más en Barcelona los *atacados del trancazo* que del tifus.

Todo atropello autoritario arranca una protesta de nuestra pluma; pero en la presente ocasión, antes que cantar a los del sable, censuramos al régimen capitalista que con su política pestilente, su avaricia ilimitada y su brutal egoismo, es el único causante, no del tifus, sino de todas las epidemias y miserias que padecemos; y mientras existan tales causas, se producirán esos efectos *contundentes* que esta vez, y lo decimos sin alegranos, han caído sobre cortillas de periodistas.

Sin duda debido a esto, es decir, a haber sido periodistas los que *se la cargaron*, es la única vez que la prensa diaria ha estado de acuerdo: blancos y rojos, negros y azules, han convenido en que la policía es más bárbara de lo que parece a primera vista; nunca hubiéramos creído que los del orden tuviesen el poder más grande de unir a sablazos a quienes siempre andan con el insulto en la punta de la pluma, y con la frase punzante en los labios dispuestos a zaherir al enemigo político.

Pero ya se verá como esta unidad de criterio dura poco; en cuanto se les curen los chichones, los *chicos* de la prensa perderán las amistades, hasta que otra vez las huestes policiacas les muelan las costillas, cosa que no deseamos, si bien nos consta que hay costillas de periodistas que merecen ser molidas, y no precisamente por polizontes.

Uno de los que han ganado, políticamente hablando, en esto de los estacazos, ha sido Pahisa.

Si se exceptúan un centenar de obreros y otro centenar de anarquistas que lo conocíamos como ex anarquista, nadie más sabía quien era el redactor de *El Progreso*; pero lo chiflaban los del orden, y ya saben hasta su Belchite que una de las víctimas de la guerra .. se llama Pahisa y es redactor del más rrradical de los periódicos barceloneses.

El la popularidad que ahora ha logrado Pahisa, llega a ser cuando se presentó candidato a concejal, a estas horas sería uno de los que nos han traído el tifus; ¿por qué la policía no hizo antes lo que ahora ha hecho? En vísperas de elecciones los estacazos de ahora habrían sido recompensados con un acta; mientras que ahora, Pahisa se curará como pueda y cuando toquen a votar, nadie se acordará de la víctima de la Plaza de Cataluña .. si la Unión Gremial no organiza otra manifestación con los mismos resultados... contundentes.

Está anunciada para el día 21 del actual la entrada del nuevo obispo de Barcelona; y cuentan los que pueden saberlo, que, *sus deseos es que su entrada en la diócesis no resulta pompa alguna, pues quiere pasar inadvertido...*! Y para que nadie se entere, se anuncia que el nuevo pastor del viejo rebaño, pasará por Valencia, por Tarragona, por Montserrat, por Sabadell, por Terrasa y tal vez por... la Barcelonera, antes de empuñar el cayado.

Clerfisimo; el señor Reig, nuevo padre... espiritual de barceloneses y barcelonesas quiere entrar en la ciudad *sin pompa* alguna; si anuncian su llegada y los sitios por donde pasará, no es por vanidad episcopal; también se anuncian los viajes de los *Gallos* para satisfacción de los aficionados, pues no por caridad de los toreros; y la afición sacristanesca no ha de ser menos que la afición flamenca en esta tierra de obispos y toreros que, serán todo lo que se quiera, menos vanidosos. ¡Pues no faltaba más!

Leemos en un periódico que el 7.° escuadrón del ejército francés cuenta con un agregado de doce años de edad; cuenta además dicho periódico, que, a este muñeco que según nosotros merece un biberón, se ha encargado una carabina y un uniforme y que resulta la *mar* de mono! ¡Pobre chiquillo! Si andando el tiempo llega a pensar por propia cuenta, ¿qué opinará de sus actuales compañeros? ¿Qué impresión pasará en su tierno cerebro las escenas que forzosamente tendrá que presenciar andando en tales compañías .. o escuadrones?

¡Pobre chiquillo! Nos estimos! ¡En buena escuela te has metido para aprender las primeras letras!

La escena en la audiencia de Madrid.

El procesado: Un infeliz que un día en que el hambre apretaba más de la cuenta y el bolsillo andaba flojo de dinero, colaró en la taberna y no pagó, pues no había de qué.

El fiscal: Un señor severo, que pide para el procesado un año y un día de prisión.

El Defensor: Señor Ruiz Jiménez ex-ministro de Instrucción Pública, quien aludiendo al *delincuente*, dice a los señores del tribunal:

—¿Cómo sudará el día que recobre su libertad? ¿No habrás hecho un anarquista más?

¡Hombre! Nosotros creíamos que las cárceles eran centros de corrección y resulta que son escuelas de anarquismo según la teoría del señor Ruiz Jiménez. ¡Llama grado que este señor se equivoque! Porque si en las cárceles se *hicieran* anarquistas, nosotros, de no ser fiscales, pediríamos para todos los habitantes de la tierra un año y un día de prisión; y cuando cumplida la condena, cada uno de los libertados se hiciese anarquista, se acabarían los hambrientos, los jueces, los fiscales y los abogados que utilizan el anarquismo como espantajo para asustar tribunales y defender causas sin importancia.

Copiamos:

«*Accidente lamentable.*—El padre Fita, de la Academia de la Historia, se encuentra en cama a consecuencia de una caída que sufrió al bajar del coche.»

Digamos, parodiando a Pompeyo Gener:

Ni de día ni de noche
Jesucristo anduvo en coche.

Y por esta razón no le ocurrieron percances como el ocurrido al padre Fita y a otros padres que andan por el mundo despreciando la pobreza que, según decían tan, ensalzaba Cristo.

Verdad es que hace veinte siglos no había coches, ni *autos*, ni Cristo había subido a ellos por razones económicas; pero ahora ¿cualquiera les habla de esta clase de razones a estos padres! ¡Que saben los infelices de semejantes cosas!

Rapidez, concisión y serledad; estas tres condiciones nos imponemos para contestar a *La Justicia Social*.

Hace tiempo, con ocasión de la huelga del Arte de Imprimir, los obreros encuadernadores que trabajan en la misma casa que Bueso, inspirados en un sano criterio sindicalista abandonaron su taller *por negarse a trabajar con esquiroles*; después de los trámites propios de tales casos, terminó la huelga con la admisión en el trabajo de los tipógrafos y el despedido en la calle de los encuadernadores. Parece lógico que los tipógrafos no acudieran al trabajo si no admitían a sus compañeros; pero no fué así, gracias, según se cuenta, a las gestiones del actual redactor de *La Justicia*, J. Bueso, los que no solo dejaron en la calle a los dignos encuadernadores sino que volvieron a trabajar *con los esquiroles que aquellos despreciaron*.

Que ingenuo es un asamblea de Arte de Imprimir se diese un informe favorable a Bueso no quiere decir que el proceder de este individuo en la huelga que nos ocupa fuese honrado. Además, ¿quién que no hubo tal informe, sino que *se corrió un velo*, y correr un velo, en castellano castizo y nos parece que hasta en chino, significa deseo de tapar el mal para que no se vea; pero de ninguna manera significa que el mal no existe.

A pesar del informe, queda en pie, con otras más graves que tenemos a disposición de *La Justicia Social*, esta afirmación:

Bueso traicionó a los encuadernadores de la casa Ramírez; y no hay asambleas ni asambleistas en el mundo que demuestren lo contrario, por mucho que se esfuercen. Los hechos son una cosa real.

A otra cosa:

El Ateneo Sindicalista no expulsa, ni debe expulsar de su seno a Tomás Herreros, porque este compañero no ha sido esquirol, ni el no pertenecer al sindicato de un oficio, por cuyo motivo ya expuso en estas columnas, puede ser un motivo de expulsión de una entidad donde la libertad individual es más respetada que en las organizaciones donde los socialistas pretenden ejercer la hegemonía.

En carta que un compañero nos manda desde Río Tinto se dice que en el Sindicato minero de aquella localidad *está prohibida* la lectura de todo libro, folleto o periódico que no sea socialista; y llega a tal extremo la prohibición, que a un individuo sindicado que leía en el local social *Hacia la emancipación*, del compañero Lorenzo, se le expulsó de la entidad poco menos que a puntapiés.

Para evitar estos desaguisados, proponemos que la prensa adicta a los jefes socialistas de Río Tinto ordene en lugar visible y en grandes letras lo que un socialista puede leer.

El mesías, aquellos sufridos mineros sabrán a qué atenerse en cuestión de lecturas.

ARCADIO

Notable conferencia

Lo fué en extremo la que el compañero M. Costa-Iscar dió en el Centro Obrero el domingo último.

Asunto de tanta actualidad como "Crítica y lecciones de la guerra" atrajo a buen número de compañeros a dicho local.

El conferenciante hizo una verdadera crítica de la matanza que se está desarrollando en los campos de Europa y de las consecuencias, para ciertos militantes, cuya actitud podemos juzgar los que, debido a nuestras fuertes convicciones, no hemos perdido la serenidad ni hemos sido contagiados por la corriente bélica.

El paro forzoso

I

El obrero está fuera, en la calle, sobre la acera. Ha recorrido la ciudad durante ocho días sin poder encontrar trabajo. Ha ido de puerta en puerta, ofreciendo sus brazos, ofreciendo sus manos, ofreciéndose por entero para cualquier clase de labor, la más asquerosa, la más dura, la más mortífera. Todas las puertas se le han cerrado.

Entonces, el obrero ha ofrecido trabajar a mitad de precio. Las puertas no se han vuelto a abrir. Aunque trabajara de balde no le podrían emplear. Es el paro forzoso, el terrible paro forzoso que toca a muerto en las guardillas. El pánico ha parado todas las industrias, y el dinero, el cobarde dinero se ha escondido.

Al cabo de ocho días está ya visto. El obrero ha hecho una tentativa suprema y vuelve lentamente con las manos vacías agobiado de miseria. Cae la lluvia. Aquella noche, París está fúnebre sobre el lodo. El obrero anda aguantando el chubasco sin sentirlo, no viendo nada más que su hambre, y deteniéndose para llegar menos pronto. Se ha apoyado en un parapeto del Sena; las crecidas aguas fluyen con largo ruido; en un pilar del puente se estrellan salpicaduras de blanca espuma. Se inclina más, y la colosal masa de agua rasa por debajo de él, como llamándole furiosamente. Después, se dice que aquello sería una cobardía, y se aleja.

La lluvia ha cesado. El gas reluce en los escaparates de las joyerías. Si rompiera un cristal, de un puñado cogería pan para varios días. Las cocinas de los restaurantes se encienden y, detrás de las cortinas de muselina blanca, el obrero ve personas que comen. Apresura el paso y sube hacia el arrabal a lo largo de las carnicerías, de las pastelerías, de todo el París rugón que se ostenta en las horas de hambre.

Al ver llorar a su mujer y a su hija aquella mañana, les ha prometido pan para la noche. No se ha atrevido a ir a decirles, antes de caer las sombras, que faltaba a su promesa. Mientras camina, se pregunta como entrará en su casa, y qué les contará para hacerles tener paciencia. Por no querer estar más tiempo sin comer. El ya lo intentaría, pero su mujer y su hija son demasiado enclenques.

Y, por un instante, tiene la idea de mendigar. Pero cuando una señora o un caballero pasan por su lado y piensa en tender la mano, su brazo se envara y su garganta se oprime. Se queda pasmado en la acera. Parece lógico que los tipógrafos no acudieran al trabajo si no admitían a sus compañeros; pero no fué así, gracias, según se cuenta, a las gestiones del actual redactor de *La Justicia*, J. Bueso, los que no solo dejaron en la calle a los dignos encuadernadores sino que volvieron a trabajar *con los esquiroles que aquellos despreciaron*.

Que ingenuo es un asamblea de Arte de Imprimir se diese un informe favorable a Bueso no quiere decir que el proceder de este individuo en la huelga que nos ocupa fuese honrado. Además, ¿quién que no hubo tal informe, sino que *se corrió un velo*, y correr un velo, en castellano castizo y nos parece que hasta en chino, significa deseo de tapar el mal para que no se vea; pero de ninguna manera significa que el mal no existe.

A pesar del informe, queda en pie, con otras más graves que tenemos a disposición de *La Justicia Social*, esta afirmación:

Bueso traicionó a los encuadernadores de la casa Ramírez; y no hay asambleas

Los anarquistas ante la guerra

AL PUEBLO PRODUCTOR

A la hora presente, todos los partidos políticos del país han emitido su opinión sobre la guerra que sostienen las naciones más «cultas» de Europa. Por no ser menos, también nosotros, anarquistas, queremos «cursar hoy el julio» que la ruinosa confiagración nos merece.

Al efecto, iremos por partes:

Responsabilidad colectiva

En primer término, ¿cuáles son los motivos ocasionales de la confiagración europea?

Las personas que juzgan de los hechos por la forma en que éstos se presentan de momento, es seguro que contestarán a esa pregunta diciendo que la gran catástrofe tiene sus comienzos en la tragedia de Sarajevo. Con este acto enlazarán las conminaciones de Austria a Servia, la defensa que de esta nación hizo Rusia, y por último, como consecuencia de todo ello, la actitud de Alemania, Francia e Inglaterra. He ahí todo para esas gentes.

Sin duda, esta interpretación podrá satisfacer a los espíritus simples, pero no a nosotros. Amigos de inquirir los orígenes de todas las cosas, nosotros entendemos que la muerte de los déspotas arcidiquesas de Austria no hizo más que precipitar, los acontecimientos que habían de sobrevenir fatalmente en un período no muy largo; no fué sino la chispa que prendió el combustible ya preparado friamente para la hoguera. De un momento a de otro, con este o aquel pretexto, la guerra cruel e inconcebible que ahora presenciamos con espanto, había de estallar inevitablemente.

Se adquiere esta convicción con sólo poseer ligeros conocimientos de Historia contemporánea. En efecto, hace años que las naciones que hoy están en lucha ansiaban destrozarse mutuamente, buscaban con ansia la eliminación de otras. Por un lado, la diplomacia no cesaba de trabajar en la realización de pactos y alianzas; por otro, se fomentaba un militarismo imbécil, criminal, objeto de saqueo y de víctimas. Toda la política de los Estados ahora beligerantes tendía principalmente a este desastroso resultado.

Por virtud de esta dirección, la Humanidad no pudo progresar como debiera, dados los adelantos de la ciencia en los siglos XIX y XX. Es que todos los afanes de los pueblos, todo el portentoso desarrollo del comercio y de la industria, todas las riquezas, creadas con los sudores de millones de trabajadores, eran empleadas casi exclusivamente en la construcción de acorazados, en pertrechar a un ejército cada día más numeroso y exigente. En tanto, la miseria se enseñoreaba de las clases bajas de la sociedad.

Al principio, pudiera ser que el capitalismo internacional, culpable, sea los gobiernos, de este arbitrario orden de cosas, no fomentase el militarismo con miras guerreras, sino con objeto de asegurarse en el domicilio de propiedades injustamente adquiridas, como un dique a las olas revolucionarias de los trabajadores. Pero «cría cuervos y te sacarán los ojos», como dice el refrán. Allí libró el elemento militar. Adulado en todas las naciones, unido estrechamente con el grupo burgués que en cada una de ellas preconizaba la llamada política nacional, se convirtió al poco tiempo en una amenaza para gran parte de los mismos que habían contribuído a su engrandecimiento; fué en resumen, un peligro para la paz de los pueblos.

Si el militarismo de las grandes naciones europeas hubiese podido, ya se habría desencadenado antes el cataclismo a que actualmente asistimos. Fashoda, Agadir, la misma lucha entre Turquía y los Estados balkánicos, son pruebas, entre otras varias, de nuestro aserto. Pero en esas ocasiones, quizá el temor a la protesta de las masas obreras, acaso la oposición enérgica de gran parte de burguesía que, por conveniencia en general, era enemiga de la guerra, detuvo el impulso de los hijos de Marte.

Estos, sin embargo, cada año más atendidos y mimados, como lo demuestran los últimos presupuestos de Guerra y Marina de las potencias ahora en plena combate, se fueron haciendo dueños de todo. Y en cuanto tuvieron el menor pretexto, provocaron la catástrofe.

¿Cómo, pues, descargar las responsabilidades de la tragedia sobre una nación por más culpable que ella nos sea? Nosotros, anarquistas, exentos de prejuicios patrióticos y de raza, que tanto impiden a muchos hombres reflexionar, señalamos a todas como culpables. O dicho en otra forma, para que se nos comprenda mejor: lanzamos aquí nuestro *J'accuse* contra cuantos, en unas naciones u otras, han fomentado la política de los armamentos, causa eficiente del espantoso conflicto actual.

¿Por qué se lucha?

Pública y oficialmente todavía ninguno de los países beligerantes ha precisado con toda claridad por qué se lucha en esta cruenta contienda. No obstante, no es difícil adivinar el porqué. Hace años que se viene diciendo que el progreso de la Humanidad es muy lento, que los pueblos, todo el portentoso desarrollo del comercio y de la industria, todas las riquezas, creadas con los sudores de millones de trabajadores, eran empleadas casi exclusivamente en la construcción de acorazados, en pertrechar a un ejército cada día más numeroso y exigente. En tanto, la miseria se enseoreaba de las clases bajas de la sociedad.

Sin decírselo a su marido, ella ha buscado por su parte; pero el paro ha herido mucho más rudamente a las mujeres que a los hombres. En su mismo rellano, hay desgraciadas a quienes se oye sollozar toda la noche. Una encontró en pie en la esquina de una acera; otra ha muerto, otra ha desaparecido.

Ella, por fortuna, tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Estarían muy holgadamente, si aquello no les hubiera despojado de todo. Ha agotado ya el crédito; debe al panadero, al droguero, a la frutera, y ya no se atreve si a pasar por delante de las tiendas. Por la tarde, ha ido a casa de su hermana para pedirle un franco; pero ha encontrado allí tal miseria, que se ha echado a llorar, sin decir nada, y las dos, su hermana y ella, han llorado juntas largo tiempo. Después, al marcharse, le ha prometido llevarles un pedazo de pan, si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve. Cae la lluvia, pero ella se refugia en el portal; grandes gotas se estrellan a sus pies, y un polvillo de agua cala su delgado vestido. A ratos le asalta la impaciencia; sale, a pesar del chubasco y llega hasta el extremo de la calle, para ver si a lo lejos ve al que aguarda. Y cuando vuelve, está empapada en agua; se pasa la mano por los cabellos para enjugárselos, y hace acopio de paciencia, sacudida por cortos escalofríos de fiebre.

Al ir y venir, los transeuntes le dan codazos. Procura empequeñecerse para no molestar a nadie. Algunos hombres la miran de frente; a ratos, siente que le rozan el cuello tibios alientos. Todo el París sospechoso, la calle con su lodo, la cruda claridad, el rodar de los coches, todo parece querer arrebatarla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre y es de noche el mundo. Entonces hay un panadero, y la mujer piensa en la pequeña que duerme allá arriba.

Después, cuando llega por fin el marido, deslizándose como un malhechor a lo largo de las casas, ella se abalanza a él y le mira ansiosamente.

—¿Qué hay?—balbucea.

El no responde y baja la cabeza. Entonces ella sube delante, pálida como una muerta.

III

Arriba, la pequeña no duerme. Se ha despertado y piensa, delante de un cabo de vela que agoniza en un rincón de la mesa. No se sabe qué cosa monstruosa y desconsoladora pasa por el rostro de aquella niña de siete años, de facciones marchitas y serias de mujer formada.

Se ha sentado al borde del baúl que le sirve de cama. Sus desnudos pies cuelgan tiritando; sus manos de muñeca enfermiza estrechan contra el pecho los girones que la cubren. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar. Piensa.

No ha tenido nunca juguetes. No puede ir al colegio porque no tiene zapatos. Siendo más pequeña, recuerda que su madre la llevaba a pasear al sol. Pero aquello está ya muy lejos. Fué preciso mudarse y desde entonces, le parece que un gran frío ha pasado por la casa. Desde entonces, no ha estado nunca contenta; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda a la que desciende sin poder comprenderla. ¿Tiene hambre todo el mundo? Ella ha procurado acostumbrarse y no ha podido. Piensa que es demasiado pequeña, que hay que ser mayor para saber. Su madre sabe sin duda esa cosa que se oculta a los niños. Si se atreviera, le preguntaría quién nos echa así al mundo para que tengamos hambre.

¡Además, es tan fea su casa! Mira la ventana en que se agita la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles desvencijados, toda la vergüenza de la guardilla a la que el pobre forzoso mancha con su desesperación. En su ignorancia, cree haber soñado alcobas tibias, con objetos hermosos que relucían; cierra los ojos para volver a verlas; y al través de sus delgados párpados, la luz de la vela se convierte en un gran resplandor de oro en el cual querría entrar. Pero sopla el viento y por la ventana se cuela tal corriente de aire que le asalta un golpe de tos. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

En otro tiempo tenía miedo cuando la dejaban sola; ahora, ya no sabe, le es igual. Como no han comido desde la víspera, piensa que su madre ha bajado a comprar pan. Entonces, esta idea la distrae. Cortará el pan a pedacitos y se lo comerá lentamente, uno por uno. Jugará con el pan.

La madre ha vuelto y el padre ha cerrado la puerta. La pequeña les mira las manos a los dos muy sorprendida. Y como nada le dicen, al cabo de un momento repite con acento cantante:

—Tengo hambre, tengo hambre.

El padre se ha cogido la cabeza con las manos, en un rincón de sombra, y permanece allí, anonadado, con los hombros estremecidos por rudos sollozos silenciosos y ahogados. La madre, reprimiendo las lágrimas, ha ido a acostar de nuevo a la pequeña. La tarde con todos los andrajos de la casa y le dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, cuyos dientes castañetean de frío, y que sienten arder más fuerte el fuego de su pecho, se torna muy atrevida. Se cuelga del cuello de su madre y después, dulcemente:

—Dí mamá —pregunta. — ¿Por qué tenemos hambre?

EMILIO ZOLA

Civilización, por la Libertad y el Progreso. Este ampuloso y vacío lenguaje no puede convencerme a los anarquistas, que sabemos por experiencia lo que se esconde detrás de esas rimbombantes palabras de unos y otros.

¿Romper lanzas por la moralidad Alemania y Austria? ¡Qué sarcasmo! De todo el mundo son ya conocidos la corrupción y el desenfreno que imperan en Berlín y Viena, capitales que nada tienen que envidiar a París. Los actos de homosexualismo y violación de menores llevados a cabo por altos personajes de ambas cortes, hicieron época no hace aún mucho tiempo. Y es esta gente degenerada la que quiere imponer reglas de virtud en la Tierra?

La explicación, tanto de esto como del desigualdo de Dios, es muy otra. La comprenderán fácilmente los que hayan seguido paso a paso los progresos de Alemania, cuya nación lleva a remolque a Austria. El enorme desarrollo industrial del imperio germánico fué causa de que éste necesitase cada día adquirir más grandes mercados en todo el globo. Esta expansión tropezaba siempre con la hostilidad de Francia e Inglaterra, que disfrutaban sobre todo. De aquí el empeño de los elementos que dirigían la política colonial alemana en fomentar el militarismo, en tener un ejército y una marina potentísimos para combatir con sus rivales cuando llegara el caso.

En el atendimiento de estos elementos de guerra, gastaba Alemania ditimamente cerca de dos mil millones de francos ($.000,000,000). Un presupuesto tan enorme, obligaba a aumentar continuamente, porque Francia e Inglaterra aumentaban también los suyos, era forzoso que agregasen más fuerzas de una nación, siendo ésta de la capacidad contributiva de Alemania. Por otra parte, el militarismo, ya propotente, deseaba triunfos, matanzas enormes. Así pues, de tiempo en tiempo, se impuso la guerra como una cuestión de vida o muerte, como el único medio de quitarse competencias para la mejor prosperidad futura del imperio.

¿No es esta la verdadera exégesis de las frases vacuas con las que se quieren explicar los propósitos de Alemania y de su aliada Austria? Para nosotros, al menos, sí.

Interpretación merecida tienen también a nuestro juicio las palabras de que Inglaterra y Francia luchan por el Derecho y la Civilización, por la Libertad y el Progreso. No hay tal cosa. Tanto una nación como otra, así como Rusia, ha aliada de ambas, no persiguen en esta guerra más objeto que el de quitarse de en medio una rival siempre peligrosa. Por lo menos, esa es la mira principalísima.

Desde hace años toda la política inglesa ha tendido a alcanzar esa finalidad. Lo demuestran bien los trabajos de su diplomacia, las alianzas pactadas con distintas naciones del globo para acordonar a Alemania, la actividad desplegada que empleaba en construir acorazados y en poseer un fuerte ejército. Y se comprende esto. Dueña de los mares, árbitra del comercio mundial durante mucho tiempo, ¿cómo iba a ver imposible los progresos del imperio teutón? Era preciso, pues, dar a éste un golpe mortal. A dárselo va ahora.

Iguales sentimientos que a Inglaterra acusan a Francia, si bien en esta nación se sobrepone más el deseo de revancha al de dominio comercial en el mundo. Pero esto sólo es debido a la inferioridad industrial en que ha quedado últimamente la vecina república, más dedicada ahora a los negocios bancarios, a prestar dinero a diversos Estados de Europa, Asia y América. Y como esta clase de negocios precisan también de una gran influencia en la política internacional, de aquí que se alíase con Inglaterra para conseguir, a la vez que para vengarse de la derrota de 1870.

No hay, por consiguiente, idealismo alguno en la actitud de las naciones que pelean contra Alemania y Austria. ¿Pueden acaso luchar por la Civilización y el Derecho, por el Progreso y la Libertad, los países que atropellaron esos sacrosantos principios en la India y en el Transvaal, en Tonkin y en Madagascar?... De ninguna manera.

Si Francia simbolizara de verdad esos bellos principios y quisiera sinceramente extenderlos por todo el mundo, como clamaban los socialistas ¿no pudo hacerlo ya en Rusia, el país por excelencia de la tiranía y el despotismo? ¿Por qué no le hizo y en cambio se convirtió en un perro sanguinario al servicio de aquél? ¿Es éste víctimas y más víctimas que detenía en el territorio de su «libre» república? ¿Por qué, también, no empleó procedimientos más humanos en Argelia y en Marruecos, en Dahomey y en otra palabra? ¿Por qué, en fin, desarrolló últimamente en el mismo solar nacional la política reaccionaria y represiva que ha indignado a todos los espíritus libres?

Es ésta, pues, una guerra tan ruin y miserable como todas; más miserable y rafa aun, porque es mayor, ¡ay!, el número de víctimas. Por sus actos, ninguna de las naciones que nos es simpático. Todos ellos luchan por interés, por deseos de supremacía, no por idealismo y amor a la Humanidad.

Lo que puede sobrevenir

¿Cómo terminará la gran tragedia? ¿Qué sobrevendrá después de esta guerra incalificable?

¡Ah, cuán difícil es poder contestar a esa pregunta! Si en todas ocasiones resulta aventurado formular juicios sobre el futuro, ahora lo es mucho más. ¿Son tan extraordinarios los hechos que se desarrollan ante nosotros en este momento histórico!

A pesar de esto, vamos a permitirnos consignar aquí las consecuencias, que a nuestra manera de entender, puedan derivarse de la conflagración europea.

Ante todo, lo que no admite discusión alguna es que, cualquiera que sea el triunfante, esta guerra es un enorme perjuicio para todas las naciones beligerantes y para la Humanidad en general. Los términos en que la contienda se halla planteada, no nos inducen más que al pesimismo.

La victoria de Alemania y Austria no puede ser anhelada en ningún caso. Imperios de dirección militarista y teocrática inclusive, el triunfo de ellos sería fatal para el mundo entero, sujeto entonces a la hegemonía de ambos. El ejército militarismo tudesco, envalentonado con sus éxitos, resucitaría acaso el régimen de castas de la religión de Brahma. Viviríamos bajo la amenaza del sable.

Tampoco estamos libres de idénticos peligros si vencieran Francia y sus aliadas. En estas naciones los avances del militarismo han sido bien visibles para que el hecho dejara de preocupar a todos los espíritus libres. Y si en Alemania la preponderancia del elemento guerrero es escuela de los triunfos de Sadowa y Sedán, ¿dónde no tendría que ser en países se dé el mismo caso si obtienen una ruidosa victoria en la lucha entablada ahora?

Así, pues, cabe decir que del éxito de unos ú otros Estados no puede salir ningún beneficio para la causa de la Civilización y el Progreso. Saldrán únicamente poderosos ejércitos, ansiosos de revancha en las naciones derrotadas, reacción por doquier y miseria en todas partes. Es el acompañamiento fatal de estos conflictos.

Queda, sin embargo, una esperanza. Es a saber: que todos los pueblos en guerra, dándose al fin, cuenta del gran crimen a que los lanzaron sus respectivos gobiernos, se levanten contra éstos, como en una vez con todo Poder. ¿No es posible que los soldados, que los reservistas, que cuantos van a ser víctimas inocentes de esta hecatombe, si ejemplo alguno tienen, tengan una hora de reflexión en medio de la vesania de generales y gobernantes?

Si aún resta algo de las propagandas del socialismo en general, tan intensamente divulgado en la mayoría de las naciones beligerantes no hay razón para desconfiar ya de que se produzca a la postre este suceso. Importa poco, en efecto, que los elementos más significados de la democracia se hayan convertido en patrioteros, olvidándose de sus ideas de internacionalismo ante la perspectiva de ostentar galones y medallas. Los militantes anónimos, todos los trabajadores obligados violentamente a ir a la guerra en unos u otros países, tienen que acordarse con frecuencia de las doctrinas que en la paz de tuvieron difundidas. El olor de tanta sangre derramada y el olor de la pólvora no les hizo perder la razón, es aventurado suponer que al fin emplearán sus armas en cobrar cumplidamente a generales y generales en vez de usarlo para matar a los que acaso ayer eran hermanos suyos dentro de la Internacional Obrera?

Después de terminada la guerra que en 1870 sostuvieron Alemania y Francia, en una época en que el socialismo no había adquirido la fuerza con que contaba hasta aquí, París asombró al mundo proclamando la Comuna. ¿Por qué ahora no podrían hacer un gesto parecido los revolucionarios de todos los países en lucha?

Sólo con un acto de esta naturaleza podría ser de algún beneficio para la Humanidad la conflagración europea; sólo una revolución social impondría la tranquilidad en el mundo. De no ocurrir así, de tener que pasar todos los días de guerra en tre naciones no terminarán todavía. Y el recuerdo horrible de destrucciones de ciudades, de batallas donde mueren a miles los hombres, de carnicerías espantosas, de sonrojos de heridos, de viudas, de huerfanitos, de fugitivos .., no se apartará jamás de nosotros.

En nuestro poder

Antes de terminar, que ya es tiempo, queremos hacer breves consideraciones sobre las consecuencias que esta guerra infame puede traer para España.

Hasta ahora, el gobierno español ha mantenido una franca actitud de neutralidad ante la gran hecatombe. Pero la obra de varios periódicos rotativos y de ciertos políticos, ansiosos de sacar tajada en el mar revuelto de Europa, quizá determine a la postre un cambio de dirección para nosotros, y que España se meta en una nueva aventura.

No nos interesa saber a favor de qué grupo de naciones se inclinará el gobierno llegado ese caso. Ya hemos indicado claramente que nosotros no somos germanófilos ni francófilos; somos simplemente partidarios de todos los pueblos en lucha y enemigos resueltos de las clases directoras que los arrastraron a aquellos la catástrofe. Sobre todo, somos adversarios de la guerra actual, de todas las guerras.

Por tanto, los que deseen pelear por unos u otros beligerantes, que vayan allá a los campos de batalla, que imiten los gestos de Lafayette, de lord Byron, de Garibaldi... El pueblo español, y con él nosotros naturalmente, no quiere aventuras. No tiene por qué dar su sangre para el mayor provecho de ambiciosos. Su sangre la guardará para empresas de otra índole, para derrocar este régimen social de tiranías y crímenes, de explotación y miseria.

Grupos anarquistas. — «*Los Iguales*» y «*Anarquía*», *de Madrid.* — «*Los de siempre*», *de Valladolid.*

«De conformidad con este Manifiesto se hallan la Federación de grupos Anarquistas de la región Catalana, Agrupación Socialista de Riotinto, Unión de Ateneos y entidades Sindicalistas y grupos anarquistas, que por ser muchos no reproducimos.

A los trabajadores españoles de Dowlais

Compañeros: Penosa impresión causa el ver la división e indiferencia existente entre los españoles que aquí residen y más cuando la mayoría hemos tenido que abandonar nuestros hogares a consecuencia de la avaricia de la burguesía española que, como la de todos los demás países, tiene a hombre a la emigración o a la cárcel a aquellos trabajadores que en un momento de rebeldía se atrevieron a pedir parte de sus hollados derechos.

Se hace precisa la unión de todos los trabajadores españoles aquí residentes, al objeto de formar parte y ayudar a los miles de hermanos nuestros que, exponiendo su vida y libertad, van empujando el pesado carro del progreso.

Todos conocemos los vicios y defectos de que adolecen estas unión: es inglesas a las cuales pertenecemos. Pero bien; unidos nosotros, cambiando impresiones, podemos con razonamientos modificar muchas cosas que lo mismo a ingleses que a españoles beneficiaría; ya en la representación que estas uniones tuvieron en el Congreso Sindicalista de Londres se vió que su norma futura a seguir era orientada hacia el Sindicalismo Moderno Revolucionario, despojándose de estos laderes que beben la cerveza por docenas de botellas y pasean en automóvil a costa de las cuotas crecidas, que los trabajadores, en su ignorancia sobre cuestiones societarias, pagan delegando la defensa de sus derechos en *esos* aburgesados que son sus peores enemigos.

La mayor parte nos conocemos por estar familiarizados; si este llamamiento a la unión de los trabajadores de habla española aquí residentes, os hace comprender la necesidad de cambiar impresiones, ya avisaremos señalando lugar, día y hora.

Las actuales circunstancias pueden favorecer mucho nuestras aspiraciones si, despojándonos de prejuicios, tenemos la energía suficiente para unirnos como un sólo hombre y luchar porque terminen las penosas y febriles jornadas de doce y catorce horas, que no tien razón de ser.

¡Trabajadores españoles, a unirnos y seremos fuertes.

FRANCISCO TORRES SEGADO

Dowlais.

ALMANAQUE de "Tierra y Libertad" para 1915

A pesar de la situación económica y haciendo un esfuerzo hemos salvado las dificultades que se nos presentaban para la impresión del Almanaque.

Tenemos los originales en imprenta y antes de terminar el próximo mes de diciembre, habremos servido los pedidos de los compañeros que lo han pagado, siendo preciso que los pedidos que en lo sucesivo se nos hagan vengan acompañados de su importe.

Nuestro